



## Capítulo 505: Necesitamos salir de este lugar y encontrar a Virgilio

El silencio tras la explosión de la esfera de sangre parecía imposible. Como si el mundo hubiera contenido la respiración ante el espectáculo del poder absoluto.

Ada, todavía en el suelo, abrió los ojos, incapaz de creer lo que estaba viendo. La tortuga, aquello que momentos antes la había aplastado como una hoja, ahora estaba reducida a una masa ensangrentada, gimiendo, rota.

Y su madre...

Rafaelina parecía más una diosa que una mujer. El viento agitó su largo cabello carmesí, que se mezclaba con la niebla de sangre que se arremolinaba a su alrededor como un manto divino. Sus pies tocaron la arena, pero todo el desierto tembló como si le tuviera miedo.



Ada se estremeció. No con miedo—sino con reverencia.

La tortuga intentó moverse. El sonido de los huesos crujiendo y la carne deslizándose por el suelo resonó como un eco grotesco. Sus patas delanteras apenas respondieron, una de ellas reducida a un muñón ensangrentado. El ojo izquierdo había sido perforado y todavía rezumaba, goteando sobre la arena. Aun así, la criatura no se rendiría.

Un rugido, ronco y desesperado, atravesó la noche. La boca negra de la bestia comenzó a brillar nuevamente, presagio de otro rayo demoníaco.

Rafaelina arqueó una ceja impaciente.

"¿De verdad todavía te atreves a resistir?" Su voz era suave, pero mezclada con suficiente veneno para enfriar el aire.

Ella movió un dedo. Un solo gesto.

Y la sangre de la propia boca de la tortuga explotó, convirtiendo el ataque en un desastre interno. El rayo que se preparaba para golpear estalló en una erupción caótica dentro del cráneo de la criatura. El monstruo gritó, arrojando fuego negro y fragmentos de dientes, cayendo de costado como una montaña en ruinas.

Ada se tapó la boca con la mano horrorizada.

Pero Rafaelina no se detuvo.

"Levántate", ordenó, como si estuviera entrenando a un perro. "Aún no he terminado de castigarte."

El cuerpo de la criatura tembló, respondiendo más al odio que a su fuerza restante. Intentó levantarse, pero Rafaelina volvió a chasquear los dedos. Corrientes de sangre emergieron del suelo, enredando sus piernas rotas y atravesando las grietas de su armadura. Cada movimiento de las cadenas hacía que los huesos se agrietaran y los músculos se desgarraran.

El aullido de la criatura era el sonido mismo de la tortura.

Ada quería gritar, quería rogarle a su madre que parara, pero su voz no sonaba. Había algo en el espectáculo que la paralizó. Algo entre terror y fascinación.





Rafaeline caminó lentamente hacia la cabeza de la criatura. Sus tacones de aguja se hundieron en la arena empapada de sangre y cada paso resonaba más fuerte que un trueno. Cuando llegó hasta allí, subió al caparazón destruido como si subiera a un trono.

Sus ojos rojos se encontraron con los desesperados ojos amarillos del monstruo.

"Te sientes grande, ¿no?" "Depredador. Monstruo. Una fuerza que nadie debería enfrentar."

Colocó su delicada mano sobre la piel áspera de la tortuga. Por un momento, incluso pareció un gesto tierno.

"Pero para mí..." su voz se redujo a un susurro cruel. "No eres más que carne."

La sangre dentro de la criatura respondió a su toque. Las venas estallaron, la carne se agitó y las espinas internas brotaron por todo su cuerpo. La tortuga arqueó el cuello y gritó, todo el desierto vibraba con el sonido.

Ada se tapó los oídos, pero todavía podía sentir ese rugido reverberando dentro de su pecho.

Rafaelina levantó la mano y la sangre comenzó a condensarse en formas cada vez más complejas. Espadas curvas, hachas, sierras, garras. Todos se elevaron sobre la criatura, brillando como fragmentos de luna carmesí.

"Te atreviste a tocar lo que es mío", dijo ella, con su voz ahora como un trueno. "No hay perdón para esto."



Las armas cayeron.

Primero uno, luego dos, luego docenas. Cada golpe arrancó un trozo diferente de cáscara, carne y hueso. Un espectáculo de destrucción rítmica, como si dirigiera una orquesta de mutilación.

La arena se volvió roja. Fragmentos de hueso fueron arrojados al cielo. El monstruo, que una vez parecía invencible, ahora no era más que una masa informe de dolor.

Ada observó con los ojos muy abiertos y las lágrimas corrían por su rostro. Fue demasiado. Fue demasiado brutal.

Y, sin embargo... una parte de ella no pudo evitar sentirse orgullosa. Esta era su madre. Esa fuerza inimaginable, esa furia protectora... todo era por ella.

Rafaelina levantó ambas manos y la sangre respondió con absoluto frenesí. La tortuga fue levantada del suelo, suspendida en el aire, como si fuera una marioneta sostenida por cuerdas invisibles.

Ella apretó su puño derecho. La pata trasera de la criatura explotó.

Cerró el de la izquierda. El otro hizo lo mismo.

La criatura, ahora sin extremidades funcionales, colgaba en el aire como un caparazón vacío.

Rafaelina inclinó la cabeza, casi curiosa.





"Mira lo frágil que eres", murmuró. "Observa con qué facilidad te rompes cuando alguien te toca."

El monstruo intentó gritar de nuevo, pero la sangre se filtró en su garganta, convirtiendo el rugido en un gorgoteo grotesco.

Ada finalmente encontró su voz.

"Madre..." su voz estaba débil, rota. "Suficiente..."

Rafaelina se congeló. Por un momento, sus ojos rojos perdieron su brillo de furia y se volvieron hacia su hija.

Ada se puso de pie, aunque su cuerpo todavía estaba frágil. Sus puños se apretaron y sus ojos dorados se fijaron en ella.

"Yo... no quiero que te pierdas."

Las palabras cayeron como cuchillas.

El silencio regresó, pesado. Rafaelina respiró profundamente y las armas de color sangre que la rodeaban temblaban, como si reflejaran el conflicto dentro de ella.

Luego suspiró.

La tortuga cayó al suelo, como una montaña muerta. Todavía respiraba, débil, casi inexistente, pero respiraba.





Rafaelina se apartó ligeramente de su caparazón y caminó hacia su hija. Con cada paso, la sangre se evaporaba en el aire, desapareciendo como niebla.

Cuando llegó hasta Ada, se arrodilló nuevamente y sostuvo la cara de la niña entre sus manos.

Sus ojos todavía ardían, pero ahora eran los ojos de una madre, no de una diosa.

"Me devolviste la llamada", murmuró, besándole la frente. "Sólo tú puedes hacer esto."

Ada estaba llorando, pero sonrió.

Rafaeline sostuvo el rostro de su hija entre sus manos, observándola durante unos segundos, como si quisiera registrar cada rasgo, cada detalle, para nunca olvidarlo. Los ojos dorados de Ada brillaban incluso entre las lágrimas, y Rafaelina vio allí no sólo fragilidad, sino también una fuerza en desarrollo, una llama que tarde o temprano ardería tan intensamente como la suya.



Pasó el pulgar por la mejilla de su hija, limpiando el rastro salado de sus lágrimas.

"Mi pequeña..." Su voz ahora era un susurro delicado, en marcado contraste con el ataque de hace minutos. "Siempre serás mi prioridad. Nunca más te lastimarás así sólo para demostrarme algo a mí o a alguien más.

Ada se mordió el labio inferior, todavía sonrojada por el recuerdo de las palabras anteriores de su madre sobre "impresionar a un hombre" Intentó protestar, pero sólo bajó la mirada y asintió en silencio.



Rafaeline sonrió levemente y luego su expresión cambió. El calor maternal fue reemplazado por una determinación gélida. Ella permaneció de pie, con su cabello carmesí todavía ondeando suavemente a su alrededor como hebras de fuego.

"Necesitamos encontrar a Virgilio", declaró con firmeza.

Ada miró hacia arriba. "¿No encontraste al marido?"

Rafaelina cruzó los brazos, mirando el horizonte manchado de sangre y polvo.

"No." Su voz era seria y objetiva. "Este maldito lugar sigue cambiando todo el tiempo. Hasta ahora no he podido encontrar a nuestro marido."

